

EL AÑO DE LA REVOLUCIÓN

NOTA INTRODUCTORIA

Las costuras se han roto. La tensión viene de lejos. Pero llega un momento en que el envoltorio que sostiene al mundo ya no puede soportar más la fuerza tremenda que contiene. Rompe por el flanco más débil, donde la presión es máxima y donde más rígida es la estructura que intenta mantenerla controlada. La zona del planeta por donde se ha roto este traje global es el mundo árabe, un conjunto de países que se extienden desde el Atlántico hasta el golfo Pérsico, donde se hallan las naciones de mayor renta del mundo y también las más miserables. Y se ha desgarrado en un movimiento encadenado de revueltas, sin parangón en los últimos veinte años, desde 1989. Hay que buscar incluso fechas muy precisas para encontrar momentos tan excepcionales en los dos últimos siglos de historia.

Es una revolución árabe, pero también es mundial. Donde más rígidos eran los sistemas de contención de las protestas se ha producido un derrocamiento de los autócratas. Las monarquías árabes han sabido aguantar mejor, gracias a las virtudes de los sistemas hereditarios. Pero la tensión y los desgarros se han producido fuera del mundo árabe. Las revueltas violentas de agosto en Londres, las protestas escolares en Chile, la generación A Rasca de Portugal, los indignados de España, Grecia y Estados Unidos, todos responden

a esquemas parecidos, aunque cada una de ellas tenga especificidades.

Son revueltas que terminan siendo directamente políticas, pero que empiezan como protestas contra el desempleo, el precio de los alimentos, la pobreza, las desigualdades y la corrupción. Finalmente, se convierten en una contestación al sistema, a partir sobre todo de una impugnación de la representación política.

En el caso de los países árabes, impugnar el sistema significa la exigencia democrática de elecciones libres. En los países democráticos, no es la democracia misma la que es impugnada, sino los sistemas de mediación. Democracia real es la consigna que vale para unos y para otros, para quienes viven bajo la bota dictatorial, bajo el penoso disfraz de unos procedimientos democráticos sin contenido alguno, y para quienes se sienten cada vez más ajenos a la vida política democrática de sus países.

Es una impugnación, por tanto, de la política y de su subordinación a la economía. Impugnación de la desregulación y de las privatizaciones a costa del bienestar y del desarrollo. No hay que olvidar que las dictaduras árabes se han caracterizado por una liberalización salvaje y corrupta de sus economías, algo que las hermana con el Occidente desarrollado al que estaban estrechamente aliadas.

Los protagonistas son los miembros de una nueva generación sin horizontes vitales, cansada de la institucionalización de la fatalidad y del miedo y capaz de encontrar en el uso de las tecnologías de la comunicación el instrumento para convocar sus protestas y organizar los movimientos revolucionarios. Esta tecnología es otra de las cosas que hermana a los revolucionarios de todo el mundo sin distinción de sistemas políticos.

De esta oleada revolucionaria que ha protagonizado el año 2011 sabemos ya muchas cosas. No lo sabemos todo: los his-

toridores deberán hacer su labor, después de los trabajos de urgencia del periodismo, y es seguro que el tiempo irá proporcionando nuevas perspectivas. Pero ya conocemos muchísimo de los acontecimientos ocurridos en este año de revoluciones gracias a la transparencia y facilidad de acceso a las fuentes de nuestro mundo globalizado y tecnológico.

Sabemos, por ejemplo, y ya es parte del mito revolucionario, el momento y punto exacto en que empezó, el 17 de diciembre de 2010 en Túnez, aunque aquel acontecimiento mayor con que terminaba el año no existió ni podía existir para los medios de comunicación en el momento en que se produjo. Nada dijeron aquel día ni el siguiente los medios tuneños censurados y controlados, pero tampoco los medios internacionales que no tenían fuentes ni canales para informarse de lo que ocurría en Sidi Bouzid, en el Túnez profundo, e incluso tardaron muchos días, incluso semanas, antes de tomar plena conciencia de que algo muy serio estaba sucediendo en el país magrebí y en el conjunto del mundo árabe.

No debe extrañarnos: las revoluciones se definen por su carácter intempestivo. Sorprenden a todos. Incluso a los propios revolucionarios. Serán muchos los que luego dirán que se veía venir y que en aquellos días ya se mascaba en el ambiente. La realidad es que nadie, ni los gobiernos ni los medios de comunicación, reaccionaron a tiempo ni prestaron la atención debida a los primeros chispazos que saltaban con virulencia en aquellos últimos días de 2010.

Casi doscientos años después de la Revolución Francesa el ministro de Exteriores chino y número dos de Mao Zedong, Chu Enlai, aseguraba, no sin ironía, que era muy pronto para hacer un balance de aquellos acontecimientos. Mucho más pronto sería por tanto para hacer balance alguno de una revolución que justo acaba de empezar como es el caso de la que están protagonizando los países árabes, inserta en una

oleada de revueltas más amplias. La tarea del periodismo, sin embargo, consiste en intentar comprender los acontecimientos desde el primer minuto, mucho antes de que se enfríen y se sitúen en la perspectiva y la distancia que da el paso del tiempo. Su reto es buscar la perspectiva sin ángulo de visión, la frialdad en el calor de la batalla y la distancia en mitad del barullo y del contacto.

Este es un libro periodístico, en consecuencia provisional, que quiere ofrecer materiales para el debate y la discusión estrictamente sobre la oleada de revueltas árabes que han derribado a cuatro dictadores y obligado a todos los regímenes a reaccionar con una excepcional panoplia de medidas económicas y reformas políticas.

Está estructurado en cuatro capítulos pero el lector podrá escoger el orden que más le apetezca porque están organizados como ensayos autónomos cada uno de ellos. El primero, bajo el título «Diario de 2011», conforma la parte central del libro y recoge dos tipos de escritura y también de miradas sobre los acontecimientos: de una parte, la narración escueta y cronológica de los sucesos más destacados; y de la otra los comentarios y análisis, escritos en caliente, al hilo de los hechos. El segundo capítulo, titulado «Atlas del cambio político», ofrece una reflexión, país por país, sobre las modificaciones que ha producido este año en la geografía árabe. El tercero, «Las claves de las revueltas», intenta analizar las causas y orígenes de esta oleada revolucionaria. Un cuarto capítulo conclusivo, titulado «El espíritu revolucionario», esboza un balance más conceptual sobre la trascendencia histórica de estos acontecimientos.

Este es un libro concebido como una visión panorámica, cronológica y conceptual de los hechos ocurridos durante 2011 en el mundo árabe. Una parte de los textos del capítulo titulado «Diario de 2011» fueron publicados como columnas en *El País* o en el blog de elpais.com bajo la rúbrica «Del alfi-

ler al elefante», además de otros pocos que no pasaron del esbozo en mi cuaderno de notas. Como es propio de los diarios, cada uno de los 86 pequeños capítulos observa los hechos con el punto de vista del momento en que han sido redactados, y en ellos se percibe la ausencia de la perspectiva actual: el 12 de febrero, por ejemplo, caídos ya Ben Ali y Mubarak, pero todavía en los primeros compases de la revolución, osé titular el comentario del día «Desislamización», auténtica ironía cuando se lee con los resultados de las elecciones tunecinas, marroquíes y egipcias en la mano.

La aclaración que exige este capítulo, conservado exactamente igual, sirve para el conjunto del titulado «Diario de 2011»: el concepto vale para los momentos iniciales y el impulso que condujo a la caída de los dos primeros dictadores, pues los protagonistas de la revolución y quienes consiguieron romper el maleficio del despotismo árabe contemporáneo fueron unos jóvenes distanciados de las ideologías clásicas, islamismo incluido, hábiles en el uso de las nuevas tecnologías y motivados por los ideales liberales más occidentales; aunque no hay duda alguna sobre la capitalización posterior, sobre todo electoral, de las organizaciones islamistas, fuertemente implantadas durante la época dictatorial y con una buena hoja de méritos en su labor social y en su labor de oposición a aquellos regímenes.

Uno solo de estos pequeños capítulos, el primero de todos, sobre el significado de los suicidios en las protestas árabes, no fue escrito inmediatamente cuando se produjeron los hechos. Es el que sirve de pórtico, con fecha del día 17 de diciembre y se extiende hasta el 27 de noviembre, en la víspera de las elecciones egipcias, que marcan precisamente el final de la primera etapa propiamente revolucionaria y el principio del momento de hegemonía islamista en el cambio político árabe.

Ahí se para la escritura. Y por dos razones. Porque en un libro de urgencia como este sobre un proceso abierto y en

marcha hay que buscar un momento, el más adecuado, para poner un punto final, por más que sea provisional. Y en segundo lugar, porque ciertamente empieza ahora otra historia con un mapa árabe teñido de verde donde hace un año aparecía con el color gris plomizo de las dictaduras.

17 DE DICIEMBRE DE 2010

Un joven vendedor ambulante llamado Mohamed Bouazizi de 27 años se prende fuego en la ciudad tunecina de Sidi Bouzid, en protesta por la actuación de la policía, que le ha impedido vender fruta en la calle. Su acción suscita el mismo día un movimiento de protesta en las calles de su localidad, organizado a partir de los mensajes de móviles por Twitter y Facebook, que enseguida se extiende por todo el país y en poco más de una semana alcanzará la capital, Túnez.

El suicidio como arma política

La chispa que hizo prender esta hoguera fue una acción suicida. La de Mohamed Bouazizi en Sidi Bouzid, una ciudad tunecina del interior, a 250 kilómetros de la capital. No es habitual que un acto individual como este alcance la categoría de noticia que merezca la atención de la opinión pública. A menos que se trate del acto suicida de un terrorista, que tiene como objetivo quitar la vida a un número elevado de personas. En el caso de Bouazizi, su acto suicida desencadenó una protesta primero local que luego se desbordó al conjunto del país, condujo al derrocamiento del dictador y fue así el detonante del movimiento de protestas en cadena en todos los países árabes.

No hay datos precisos sobre las tasas de suicidio en los países árabes y menos todavía sobre los que tienen una motivación social o política. Pero la primavera árabe ha permitido conocer que este tipo de comportamientos ha sido muy frecuente en los últimos años prácticamente en todos los países de la región, vinculados de forma directa a la falta de trabajo y de medios de vida, a las dificultades familiares, la falta de atención médica y, en general, a la ausencia de una vida digna y de una perspectiva de mejora por parte de una población muy consciente e incapaz de aceptar con resignación el contraste entre su humillante condición y la narrativa de bienestar del resto del planeta, incluidos ya muchos países que pertenecieron al Tercer Mundo y han conseguido luego incorporarse a unos ciertos niveles de distribución de la riqueza y el bienestar.

Al suicidio de Bouazizi le sucedieron otros en Túnez. Pero en Argelia, Marruecos y Egipto se han conocido casos muy parecidos. «La historia de Mohamed Bouazizi no pertenece a nadie; es la historia de un hombre sencillo, como los hay a millones, que a fuerza de ser aplastado, humillado, negado en su vida, ha terminado convirtiéndose en la chispa que abraza el mundo. Nadie le robará jamás su muerte». Así termina la narración de Tahar Ben Jelloun *Par le feu* («Por el fuego»), editada por Gallimard.

Cabe deducir dos elementos objetivos en esta oleada de suicidios entre ciudadanos en paro en el mundo árabe durante los últimos años. En primer lugar, su directa vinculación con unos deseos totalmente frustrados de integración en la modernidad global a la que estos mismos jóvenes tienen acceso a través de los medios de comunicación. En segundo lugar, su radical desvinculación del terrorismo suicida, hasta el punto de aparecer como símbolo y demostración de un cambio de época, que lleva a que los jóvenes musulmanes deses-

perados ya no se sientan atraídos por las doctrinas del yihadismo nihilista que les proponía la autoinmolación con el objetivo de producir el mayor número de víctimas posibles en el campo supuestamente enemigo.

De ser cierta esta conjetura, la oleada de cambio que ha empezado en 2011 en el mundo árabe empezó mucho antes en lo más hondo de la conciencia de millares de jóvenes, dispuestos a luchar por construir una vida digna pero no a sacrificarla por las quimeras mortíferas de los fundamentalismos islámicos. Se ha señalado, con razón, que nada hubo en las protestas iniciales de la vieja retórica antiimperialista y antisionista que ha venido impregnando toda la política árabe de los últimos sesenta años. Pero si se observa individualmente, veremos que hay trazas bien claras de que el cambio de paradigma se ha producido antes en la cabeza y en el corazón de los jóvenes que más sufren las pésimas condiciones de vida de estos países.

30 DE DICIEMBRE

Se extienden por distintas ciudades tunecinas las protestas por la muerte de Bouazizi. Hay otros jóvenes tunecinos que le emulan, mientras los enfrentamientos con la policía producen numerosas víctimas mortales. El dictador Ben Ali se hace fotografiar junto a la cama del suicida el 28 de diciembre. Al día siguiente interviene en la televisión para señalar que combatirá las protestas con toda firmeza. La ministra de Exteriores francesa, Michèle Alliot-Marie, que ha pasado las vacaciones navideñas en Túnez, ofrece al régimen material antidisturbios para frenar la protesta. A medida que se va conociendo el contenido del llamado Cablegate, la publicación desde el 29 de noviembre de 2010 por Wikileaks de los cables secretos del Departamento de Estado, se percibe la importancia de los despachos referidos al mundo árabe, desde Yemen y Arabia Saudí hasta Marruecos, Libia o Túnez.